



DIOS SE
LAMENTA

*¿Quién escucha
Su voz?*

M. Basilea Schlink

DIOS
SE LAMENTA

*¿Quién escucha
Su voz?*

M. Basilea Schlink

© Verlag Evangelische Marienschwesternschaft e.V.,
Darmstadt, Alemania, 2023
Todos los derechos reservados.

Título original en alemán:
Gott klagt und unsere Antwort
Primera edición alemana 1981
Primera edición en español 1983
Esta edición PDF revisada en español 2023

ISBN 978-3-87209-938-9

Todos los derechos están protegidos por las leyes internacionales del Derecho del Autor. Los contenidos y/o portada no pueden ser reproducidos total ni parcialmente por sistemas, impresión, audiovisuales, grabaciones o cualquier medio, sin permiso del dueño del copyright.

En la citación de textos bíblicos usamos la “Biblia Sagrada”, en las versiones: Dios Habla Hoy, Nueva Traducción Viviente, Nueva Biblia Viva, Reina Valera Contemporánea.

www.kanaanhispano.net * info-es@kanaan.org

ÍNDICE

1. Corazones sintonizados con Dios.....	5
2. Escuchando el lamento de Dios.....	15
El arrepentimiento nos hace sensibles a Sus sufrimientos.....	27
Llamados a consolar a Dios en nuestros tiempos.....	33
Los consoladores de Dios en los últimos tiempos.....	37
3. ¿Cómo podemos consolar a Dios?.....	41
4. El Espíritu Santo sufre – ¿Quién le consuela?.....	45
5. El dolor de Dios en la actualidad.....	61
6. Epílogo.....	68

1



CORAZONES SINTONIZADOS CON DIOS

*Mensaje de Madre Basilea Schlink en
la Catedral Anglicana de San Andrés,
en Sídney, Australia, el 1° de abril de 1981.*

Poco antes de iniciar Su camino de la cruz, Jesús habló a Sus discípulos de lo que le esperaba y les dijo: “El Hijo del hombre tendrá que sufrir mucho, y será rechazado por los ancianos, por los jefes de los sacerdotes y por los maestros de la ley. Lo van a matar, pero al tercer día resucitará” (Lucas 9:22 DHH).

Ellos le escucharon decir esto, pero Sus palabras no hicieron mucho efecto en su corazón. Sólo pensaban en sí mismos. Como leemos en las Escrituras, inmediatamente después que Jesús les habló de Sus sufrimientos, empezaron una discusión entre ellos cuyo tema era cuál de ellos tendría más autoridad para ser el líder en el futuro.

Estaban muy alejados del corazón de Jesús. No tenían un corazón como el Suyo, no tenían amor por Jesús. Se mostraron indiferentes a los sufrimientos de Jesús, como fueron indiferentes el sacerdote y el levita a los sufrimientos del hombre que había caído en manos de ladrones. ¡Qué dolor debe haber sido esto para Jesús, quien les había dado todo Su amor!

Hoy vivimos nuevamente en una época dolorosa para Jesús, pero es un sufrimiento diferente del que soportó Jesús hace dos mil años. No sólo sufrió Jesús entonces, sino que sufre hoy todavía. ¿Qué quiere decir esto? Las Escrituras dicen que los creyentes que abandonan a Jesús le están crucificando de nuevo (Hebreos 6:6). Hasta hace unas décadas, había sólo algunos miembros de la Iglesia que hacían esto. Hoy, sin embargo, estamos viviendo el comienzo de los tiempos finales, en una época en que tantas personas se están alejando de Dios y Su voluntad expresada en Sus Mandamientos. Es un tiempo de iniquidad, en el que los Mandamientos de Dios y Sus normas divinas son pisoteados.

¡Oh, qué lamento! Lo que no ha ocurrido en miles de años está sucediendo ahora: los seres humanos se están levantando en rebelión contra el Dios vivo, el Dios todopoderoso e inmortal, el Creador y Juez, lanzando odio y blasfemia contra Él.

¡Oh, si pudiera esconderme enterrada en el polvo por la vergüenza que siento! Los budistas veneran a Buda -sí, los paganos veneran a sus ídolos- y los musulmanes lo consideran incluso un sacrilegio el representar a Mahoma en una película. Sin embargo, nuestro mundo cristiano lo tolera, sí, inclusive muchos creyentes hasta se ríen cuando Jesús es representado como una figura de payaso, de bufón, de libertino y pervertido. Retratado ante el mundo como un fracasado, un terrorista, como vencido por el diablo.

Este es el sufrimiento de Jesús hoy. Ha llegado para Jesús la hora de una crucifixión de alcance mundial. Y Su corazón debe estar lamentándose con profunda angustia: “¿No di mi vida para la redención del mundo porque lo amaba tanto? Pero los seres humanos no sólo hacen caso omiso de Mi sacrificio; su respuesta es de odio, un odio intenso como antaño en Mi crucifixión. Blasfeman Mi nombre y lo degradan. En Mi amor he querido salvarlos de las ataduras del pecado y liberarlos de los poderes de las tinieblas y del abismo del infierno. Pero, aquellos a quienes amo prefieren el pecado; lo glorifican y se apresuran a su destrucción. ¡Esto llena Mi corazón de dolor!”. Así Jesús tiene que lamentarse.

“¡Oh! -me pregunté-, ¿dónde está mi amor por Dios?”. Cuando vemos a la gente, a nuestros

amigos, en profundo sufrimiento, nuestros corazones se llenan de compasión; pero, hacia Dios, somos fríos e indiferentes. Esto tiene que herir a Jesús y hacer que se lamente: “¿Dónde está tu amor?”.

De hecho, Dios se aflige como lo hizo hace mucho tiempo por boca de los profetas, en profundo dolor por Su pueblo. Hoy, en Su amor, Dios llora por nosotros, por nuestro pecado, por Sus hijos en todo el mundo. En Su amor, Él no puede soportar vernos elegir los caminos del pecado, alejándonos de Él y cayendo en las garras de Satán. Pero en aquel entonces, sólo había una nación que se apartó de Él, y esto era antes del acto de redención de Jesús. ¡Cuán desgarradora ha de ser hoy el dolor de Dios!

*¡Oh, escucha!, el Padre sufre.
Escucha Su lamento.
Escucha Su gran angustia,
mayor que todo nuestro sufrimiento,
porque nunca ha habido
un amor mayor que el Suyo.*

*Este corazón, que nos ama tiernamente,
sacrificando a Su único Hijo por nosotros,
está profundamente afligido
por nuestros pecados hoy.
¡Oh, que muchas almas vengan
a consolarte y a estar contigo!*

Todavía hoy me duele que yo, un discípulo de Jesús, en otro tiempo me interesara tan poco por los sufrimientos de Jesús. Nunca olvidaré el tiempo –hace como 30 años– cuando estuve pasando personalmente por mucho sufrimiento. Me había retirado para una temporada de oración a solas y no había nada que aliviara mi situación. Parecía como si este sufrimiento, por así decirlo, estuviera abriendo sus fauces para devorarme.

De repente fue como si el cielo interviniera. Mi mirada se posó en una cruz que estaba frente a mí y sentí el sufrimiento de Jesús. Esto es lo que importa. Me di cuenta que podía cerrar las “fauces del sufrimiento”, amando a Jesús y que mi sufrimiento se volvería insignificante para mí si yo viviera Su sufrimiento. Parecía que Jesús me preguntaba: “¿Quieres tú ser consolada? ¿O realmente vives para Mí, es decir, para amarme y consolarme?”.

Empecé a cantarle a Jesús, de Su amor y Su sufrimiento por nosotros, y a escribirle un canto de consuelo y ánimo. Y como un milagro, ante mis propios ojos, el amor que consuela a Jesús entró en mi alma. A partir de ese momento, el sufrimiento perdió su fuerza y ya no amenazaba con devorarme.

Pero, ahora que he compartido esto con ustedes, vuelvo a sentirme avergonzada, y creo

que todos debemos sentirnos avergonzados porque amamos tan poco a nuestro Señor Jesús, y no hemos tomado Sus sufrimientos en nuestros corazones. Detengámonos un momento, para preguntarnos si alguna vez hemos llorado por los sufrimientos de Jesús, y, en comparación, ¡cuántas veces hemos derramado lágrimas por nuestros propios sufrimientos!

Nunca olvidaré la experiencia que pasé durante mi ministerio itinerante en tiempo de guerra en Alemania cuando me alojé en la casa de la viuda de un joven soldado. Ella me contó que sus tres hijos, aunque eran pequeños, muchas veces trataban de consolarla de diferentes maneras: con una flor puesta sobre la cama o con un cuadrito del Señor Jesús junto con una inscripción escrita por sus propias manecitas. Reflexioné pensando: “Así es como los niños comparten el dolor de su madre, pero, ¿cómo reaccionamos nosotros ante los sufrimientos de Jesús?”. Nuestro Señor Jesús tiene un corazón y nosotros podemos compartir lo que está en Su corazón. Hoy, Jesús nos pregunta: “¿Me amas de veras? ¿Compartes Mis sufrimientos?”.

¡Oh, Jesús no debería estar desilusionado de nosotros! Él nos ama tanto y sufre por nosotros, Sus hijos. Por eso no queremos ser como el piadoso sacerdote o el levita, y vivir sólo para nuestros intereses personales, nuestra familia, nuestro trabajo y nuestras ocupaciones, aunque

sean ocupaciones buenas y espirituales. Como en el salmo mesiánico –Salmo 69–, Jesús está clamando hoy: “Esperé compasión, pero no la hubo; busqué consoladores, pero no los hallé” (v. 20). Jesús está llamando a almas para que sufran con Él, que le den consuelo y alegría. Esta es la petición que Jesús nos hace en el fin de los tiempos, el tiempo de Sus sufrimientos hoy. En esta época el Señor está reuniendo, de todas partes del mundo, a almas que quieran vivir para cumplir el pedido de Dios, almas que quieran lamentarse con Él y consolarle.

*Hoy quiero estar a Tu lado, Jesús;
hoy no te abandonaré;
hoy quiero vivir para consolar
Tu corazón afligido.
Hoy no debes esperar en vano
por consoladores;
no quiero desilusionarte.
¡Quiero ser Tu consolador!*

¿Cómo podemos consolar a Jesús? ¡Oh, es tan sencillo llevar alegría a Su corazón! Lo hacemos cuando le exaltamos y le damos alabanza y honor, mientras miles de personas degradan y blasfeman a Jesús, y cantamos cánticos de adoración a Él, el todopoderoso Vencedor del Calvario, el triunfante Cordero que derrotó el

poder de Satanás, el Rey de reyes, que volverá en gloria, y ante el cual se doblará toda rodilla.

También le damos honor y consuelo cuando le defendemos y nos ponemos de Su lado cuando es insultado y burlado en nuestra casa, en el trabajo, en películas, aun cuando después las personas nos humillen o eviten tratarnos. Sí, todo el que se prepara y se dedica a sufrir por Jesús en el tiempo de la persecución puede consolar el corazón de Jesús.

Y ¿cómo podemos llevar gozo al corazón de nuestro Padre? Un niño consuela a su padre terrenal cuando va a él y, lleno de amor, le llama por su nombre. Y nosotros podemos hacer lo mismo si le decimos a Dios una y otra vez como verdaderos hijos suyos: “Padre mío, Padre mío, te amo. Estoy contento de ser tu hijo. ¡Oh! Tú me amas. ¡Cuán contento estoy!”.

El amor alegra el corazón del Padre. Si confiamos en Él en toda situación, como verdaderos hijos, le mostraremos nuestro amor hoy en día cuando se le odia tanto.

Y de modo especial alegramos el corazón del Padre si acudimos a Él, una y otra vez, como hijos pródigos, con un corazón contrito y humilde, a causa de nuestros pecados y le decimos: “Padre, he pecado contra el cielo y contra Ti, ya no soy digno de ser llamado tu hijo.” Entonces llenaremos de gozo el corazón del Padre porque

sabemos que el padre del hijo pródigo le preparó una feliz celebración.

Cuando actualmente tantas personas demuestran rebeldía contra Dios, el corazón de Dios Padre se consolará si defendemos Sus mandamientos y rompemos con el pecado, condenándolo como algo vil cada vez que lo encontramos, como nos exhortan las Escrituras, aunque esto nos traiga algún desprecio.

Siempre hay poder en el sufrimiento si lo llevamos con paciencia, pero el mayor poder se halla en sufrir con Dios porque el motivo de este sufrimiento es el amor a Dios. Si sufrimos con Dios, nos olvidamos de nuestro propio sufrimiento y recibimos consuelo y ayuda para nuestra alma.

Esta comunión con Sus sufrimientos ayuda a contrarrestar el avance de las tinieblas y prepara el camino para la victoria de Jesús y Su futuro Reino porque el reinado de Jesús está llegando. Hoy, cuando las tinieblas alcanzan su culmen, y Satanás está casi a punto de ganar la victoria, se está acercando el momento en que será derrotado. Jesús aparecerá y establecerá Su Reinado por toda la eternidad. Los que le aman, que ahora sufren con Él, participarán de Su triunfo en alegría eterna.

De modo que bienaventurados son los que lloran con Dios aquí en la tierra, ahora en esta época cuando el pecado, la blasfemia y el sufrimiento

de Dios están en auge. Estos bienaventurados se regocijarán con Él cuando llegue el día de la redención para toda la creación y Jesús haya establecido Su Reino.

Todo el que
ama a Dios dedicará
su vida a consolarle.
Ésta es una misión
de gran importancia
que le da profundo
significado a nuestras vidas.



2

ESCUCHANDO EL LAMENTO DE DIOS

¿Puede Dios, el Dios grande y eterno lamentarse realmente? Siendo el Dios vivo y plenitud del amor, como testimonia la Biblia, Él ha de sufrir forzosamente al ver que Sus hijos, aquellos a quienes ha creado, se hunden en la suciedad del pecado, lanzándose a su destrucción. Dios no puede sino lamentarse al ver a vastas multitudes volviéndose presas del infierno.

Por eso se lamenta Dios. ¡Realmente, se lamenta! La Santa Escritura nos lo dice. Los profetas nos transmiten lamentos conmovedores de Dios por Su pueblo elegido. Hoy, escuchemos estos lamentos pues expresan el dolor de Dios al hallar en nuestro pueblo, en nuestras iglesias y las naciones del mundo condiciones semejantes a las de Su pueblo en el pasado: corazones endurecidos, depravación y apostasía. Pero lo que sucedió en aquellos tiempos era mínimo, comparado con los pecados y las blasfemias que hoy claman al cielo procedentes de nuestras naciones llamadas cristianas, incluso de la Iglesia.

En los lamentos, transmitidos por los profetas, oímos cómo se lamentaba Dios en aquel tiempo cuando Su pueblo estaba inmerso en el pecado y, con todo, negándose a arrepentirse. Dios amaba a Su pueblo y no quería realmente expresar Su ira y castigarlos. Y así, se lamentaba como un verdadero Padre, expresando de esta forma Su súplica a cada uno de Sus hijos: “¡Oh, regresa a Mí! Vuélvete de tus malos caminos. ¡Regresa, a fin de que no tenga que castigarte y no caigas completamente bajo el poder de Satanás debido a tus malas acciones!”.

Hoy, Dios nos dirige estos lamentos de Su corazón amoroso. Su corazón está dolido porque, como Su pueblo en el pasado, estamos apartándonos de Él y precipitándonos hacia la destrucción. Tal como Dios procuró salvar Su pueblo en la antigüedad, a través de Sus lamentos y advertencias, hoy está tratando de salvarnos a nosotros:

*“¿Qué de malo encontraron en Mí
sus antepasados,
que se alejaron de Mí?
Se fueron tras dioses que no son nada,
y en nada se convirtieron ellos mismos.
No se preocuparon por buscarme a Mí,
que los saqué de Egipto(...)
Yo los traje a esta tierra fértil(...)
Pero ustedes vinieron y profanaron
mi tierra(...)”* Jeremías 2:5-7 DHH

¡Cuán grande es la angustia de Dios expresada en este lamento! Israel es Su heredad. Él quería regocijarse al contemplar esta tierra que había planeado darles en Su amor. Pero Su pueblo la profanó con sus pecados y su apostasía, haciéndola detestable. Hoy ¿cómo podemos sondear la profundidad del dolor de Dios? Él entregó a Su Hijo unigénito y por medio de Sus sufrimientos surgió el Cuerpo de Cristo, la Iglesia de Dios, Su heredad. Pero esta heredad se ha transformado en gran parte en una abominación, contaminada por graves pecados. Por causa del gran dolor que sufre Su corazón, Dios tiene que lamentar:

“¿Alguna vez una nación ha cambiado sus dioses por otros, aun cuando no son dioses en absoluto? ¡Sin embargo, mi pueblo ha cambiado a su glorioso Dios por ídolos inútiles!”.

Jeremías 2:11 NTV

“¿Con quién me compararán? ¿Quién es igual que yo?”

Isaías 46:5 NTV

Es incomprendible que hoy en día, dioses de religiones orientales -detrás de los cuales se encuentran demonios- muchas veces son igualados al Dios eterno, inmortal y Juez incluso por nosotros, los cristianos. El Hijo de Dios es

colocado en el mismo nivel de los fundadores de otras religiones, hombres mortales, muchos de ellos inspirados por fuerzas malignas. ¡Qué dolor y humillación para Jesús! Y el sincretismo continúa esparciéndose por la Iglesia, por ejemplo, cuando hay ritos paganos que son incluidos en la liturgia oficial. Sólo un remanente permanece fiel a Dios y se mantiene a Su lado.

Muchas personas que no se dirigen a las religiones orientales y otras formas de sincretismo, a veces tienen otros dioses como lo son las ideologías políticas, a las que sirven con fanatismo. Multitudes “hacen marchas” o manifestaciones a favor de la paz; una “paz” muchas veces proclamada por personas que en realidad promueven odio, violencia y guerra.

Sin embargo, el que cree que puede dar reconocimiento a estos ídolos además de Dios, está, en realidad, dando la espalda a Dios porque no se puede servir a Dios y a Satanás. Así, en esta época presente, que es un tiempo de gran sufrimiento para Dios, la llamada de Elías es más relevante que nunca: “¿Hasta cuándo van a continuar ustedes con este doble juego? Si el Señor es el verdadero Dios, síganlo a él, y si Baal (un ídolo) lo es, a él deberán seguirlo” (1 Reyes 18:21); esto es, tomen una decisión. Pero, ¿quién se da cuenta de que este vacilar entre dos opiniones diferentes le ha llevado bajo la

influencia del Padre de las Mentiras y lo alejó de Dios? Y así, una y otra vez, Dios se lamenta:

“Todo el día abrí mis brazos a un pueblo rebelde. Pero ellos siguen sus malos caminos y sus planes torcidos. Todo el día me insultan en mi propia cara (...).”

Isaías 65:2-3 NTV

“Los sacerdotes no preguntaron: “¿Dónde está el Señor?”. Aquellos que enseñaron mi palabra me ignoraron, los gobernantes se volvieron en mi contra, y los profetas hablaron en nombre de Baal, perdiendo su tiempo con ídolos inútiles”.

Jeremías 2:8 NTV

Los líderes espirituales son quienes muchas veces preparan el camino para estos “dioses falsos”. Aunque deberían defender los mandamientos del Santo Trino Dios -que dio en el Sinaí como santa revelación de Su voluntad- muchos de ellos declaran hoy los mandamientos como inválidos. Incluso se atreven a oponerse públicamente en contra de los mandamientos de Dios y los rechazan aun sabiendo que aceptarlos o rechazarlos significa la diferencia entre la vida o la muerte.

Es causa de sumo dolor para Dios que estos falsos pastores estén dirigiendo la Iglesia y las

naciones hacia la perdición. Así Dios es abandonado por muchos de los suyos, que han sido descarriados; ha sido abandonado por aquellos a quienes Él ama y por los cuales continúa intercediendo delante del Trono de Dios como el Sumo Sacerdote, en Su inmensurable amor y sufrimiento por ellos (Hebreos 7:25).

Y así, el Señor nos suplica como lo hizo a su pueblo en el pasado:

“Verás qué malo y amargo es abandonar al Señor tu Dios y no temerle. ¡Yo, el Señor, el Señor de los Ejércitos Celestiales, he hablado! Hace tiempo rompí el yugo que te oprimía y arranqué las cadenas de tu esclavitud, (...) fui yo el que te planté, escogiendo una vid del más puro origen, lo mejor de lo mejor. ¿Cómo te transformaste en esta vid corrupta y silvestre?”.

Jeremías 2:19-21 NTV

¡Cuánto más se lamenta Dios hoy, de que nosotros, cristianos, hayamos quebrantado nuestro yugo! Pues el temor de Dios ya no se encuentra en nosotros. Ya no somos conscientes de quién es Dios: santo e inmortal. Es por esto que muchos de nosotros no queremos reconocer cualquier forma de autoridad. Por ello cortamos los vínculos que nos unen a Él y buscamos independencia y libertad -la libertad que nos permite pecar- y que nos hace esclavos de

Satanás. Lo hacemos, aunque conocemos a Jesús, quien se humilló a Sí mismo, fue obediente hasta la muerte y siervo entre Sus discípulos. Nosotros, por el contrario, muchas veces no queremos servir a otros, ni vivir en dependencia de Dios y de las personas, ni someternos a la voluntad y dirección de Dios, o someternos a nuestros semejantes. Queremos imponer nuestra propia voluntad, hacer lo que pensamos es lo correcto y seguir los caminos que creemos son los mejores para nosotros.

Por todo esto, Dios tiene que lamentarse porque nuestras vidas no son un espejo suyo y de Su naturaleza, aunque Él nos ha llamado a algo noble y maravilloso como discípulos suyos. Debemos reflejar el carácter de Dios y ser un “excelente viñedo” para Su honor y gloria. Pero, con frecuencia no reflejamos Su Redención. Sino que, en vez de ser una nueva creación, estamos corrompidos por el pecado y somos “vid silvestre”. Y así le deshonramos. Somos una deshonra para Él con nuestra vida, naturaleza y conducta.

¡Cuán profundo es el dolor de Dios que resuena en estas palabras de los profetas! Es como si Dios no pudiera comprender que le volviéramos la espalda y nos dirigiéramos a Satanás. Él que no nos ha mostrado otra cosa más que amor. Se lamenta:

“Los cielos están espantados ante semejante cosa y retroceden horrorizados y consternados —dice el SEÑOR— “.

Jeremías 2:12 NTV

“Hasta la cigüeña que surca el cielo conoce el tiempo de su migración, al igual que la tórtola, la golondrina y la grulla. Todas regresan en el tiempo señalado cada año. ¡Pero no en el caso de mi pueblo! Ellos no conocen las leyes del Señor”.

Jeremías 8:7 NTV

Hoy, de nuevo, Dios sigue esperando, clamando, suplicando; pero es en gran parte en vano. Y el dolor de Dios aumenta, pues día tras día aumenta la avalancha de pecado y el número de los que se apartan de Él. Dios tiene que lamentarse de que incluso las aves migratorias conozcan el tiempo de su retorno, pero nosotros no volvemos, aunque Él nos ha salvado y le pertenecemos a Él.

Sin embargo, el Señor continúa diciendo: “Pueblo mío”. Él expresa todo Su amor con estas palabras, pero también Su sufrimiento. Al describir este incomprensible amor de Dios - quien está constantemente entristecido por decepciones, deshonra e insultos de Su pueblo - un profesor de Teología del Antiguo Testamento como respuesta a todas las muestras del amor de

Dios, escribe este comentario sobre el Libro de Jeremías:

“Sentimos el dolor con que sufre el Dios vivo por el olvido de Su pueblo. La diferencia entre el dios de los filósofos y el Dios de Abraham, Isaac y Jacob (...) se ve de modo contundente aquí. Mientras que el primero contempla los sucesos del mundo con una actitud impassible, distante, el Dios proclamado por Isaías sufre por causa de Su pueblo, demostrando así que es el Dios vivo. El uso de tales expresiones no disminuye la grandeza de Dios. La verdad es que uno tendría que pensar que Dios sería menos que el hombre si el dolor de un amor no correspondido le fuera desconocido (...).

El apartarse de Dios es y será siempre antinatural. Es una vil ingratitud por las gloriosas muestras del amor de Dios (...). Por tanto, con ello no sólo es deshonrado e insultado el Creador, el Dador y Sustentador de la Vida. El autoengaño y la autodestrucción son las consecuencias (...)”.*

* Helmut Lamparter, *Der Prophet wider Willen, die Botschaft des Alten Testaments*, 20 edición (Stuttgart, Alemania: Editorial de Calw, 1974. pp 52ss; pp 45ss)

Las palabras no son capaces de expresar cuán incomprensible es que muchos cristianos actualmente estén apartándose de Dios después de la maravillosa revelación del amor divino mostrado en el sacrificio de Su único Hijo, los incontables milagros y actos de amor que su Iglesia ha experimentado a lo largo de los siglos.

Sí, ¡es incomprensible que podamos abandonar a un Dios tan amoroso y dirigirnos a cosas inútiles y a demonios en su lugar! Ignoramos quién es Dios: el Santo y el Eterno, el Juez de la humanidad. Y por ello le atacamos de modo escandaloso, ofendiendo e hiriendo Su amoroso corazón.

*¡Señor y Dios Omnipotente,
humillado, deshonrado y burlado!
Lamenten y lloren lo que la humanidad
ha hecho al atacar al Eterno, al Inmortal.*

*Los ojos del Padre contemplan con tristeza
a Sus hijos, Su corazón se parte;
le afligen, le atormentan y le hieren,
y por causa de sus pecados,
la muerte encuentran.*

*El Padre está llorando,
desgarrado el corazón:
Sus hijos depravados,
de corazón de piedra,*

*ya no aman a su Padre,
por Satanás seducidos;
sus pecados son los ídolos
que prefieren servir.*

*Oh Padre, quién puede sondear
Tu aflicción
que está desgarrando Tu corazón,
pues son tus hijos y tu creación
que por el pecado ya desfigurados son.*

El lamento de Dios es un último intento de hacernos comprender Su amor porque sólo el amor puede lamentarse de esta manera cuando aquellos que Él ama se lanzan a la destrucción, cuando se apartan de Él y persisten en el pecado. A los ojos de Dios el pecado es lo peor que existe porque conduce a la destrucción y está ligado a Satanás y el infierno, del cual Él quiere salvarnos. Fue por eso que Él envió a Jesús, quien sufrió la amarga muerte en la Cruz para redimirnos de todo mal.

Y con todo, Dios tiene que lamentarse del pueblo del Nuevo Testamento. No queremos Sus mandamientos, ni Su voluntad, que procede de Su amoroso corazón. Queremos en cambio el pecado. Y por ello, en gran parte, rechazamos a Jesús mismo y Su acto de Redención llegando a ser infieles al Señor.

Ahora, al final de los tiempos, es como si el corazón de Dios estuviera rebosando de un dolor y aflicción indecible, mucho más que en los días de Jeremías y los otros profetas del Antiguo Testamento. Los lamentos de Dios hoy son un acto santo. Es una de las horas más santas para nosotros cuando Dios nos deja ver la intensa profundidad de Su corazón: Su amor incomprendible y sin límites hacia nosotros. Tan grande es Su amor que Él se siente profundamente ofendido por nuestra apostasía y desgracia interior, y por ello, se lamenta por nosotros.

Ésta es una de las mayores revelaciones que Dios nos puede conceder ahora en los tiempos finales, cuando los sufrimientos de Dios han llegado a un alcance mundial y sin medida, mayor que en cualquier otra época. Nunca habríamos podido conocer Su amoroso corazón en tal medida como actualmente, cuando casi se parte de tristeza. La grandeza de Su sufrimiento nos muestra la grandeza de Su amor por nosotros.

EL ARREPENTIMIENTO NOS HACE SENSIBLES A SUS SUFRIMIENTOS

¿Quién tiene una idea del inmensurable sufrimiento de Dios hoy? ¿Quién oye Sus lamentos? Con indecible dolor por parte de Dios, no tenemos oídos para Sus lamentaciones. La mayoría de nosotros no percibe que Dios sufre por nuestra causa en Su inmenso amor que abraza a los suyos, a las naciones y al mundo. Y por ello sólo podemos exclamar: “¡Oh Señor Dios, oh Amor decepcionado, oh Amor tan herido por nuestra indiferencia!”. Jesús dice que escupirá de Su boca a los tibios e indiferentes. Tal es la aversión que le causan, mucho más aún si abiertamente se le opusieran. Y, a pesar de todo, continúa soportándonos con Su amor y misericordia infinitos.

Ahora, en este tiempo, cuando Dios está sufriendo Su mayor desilusión por parte de la humanidad y de la Iglesia ¡Él está buscando personas cuyos corazones estén sintonizados con Él! ¡Está buscando almas propias de hijos, que lloren al escuchar los sufrimientos del Padre y del Salvador que como niños a veces lloran compasivamente al contemplar la representación de Jesús clavado en la cruz!

Si tan sólo nos arrepintiéramos de nuestra apatía para finalmente orar:

*“¡Dame amor por Ti, mi Dios!
Despierta mi corazón apático y muerto,
de modo que empiece a comprender
que Tú no eres un Dios muerto,
sino un Dios vivo que sufres y amas”.*

¡Qué podamos reaccionar con corazones sensibles! Cuando alguien se esté lamentando, parémonos y preguntemos: “¿Por qué se está quejando? ¿Qué está afligiéndole? Voy a escuchar y ver si puedo ayudarle”. Aquí, sin embargo, no se trata de una persona sino de Dios mismo que se lamenta, Dios que en Su amor infinito nos redimió por medio de Su Hijo. Somos llamados para darle una respuesta a Su amor que sufre: la respuesta de traerle alegría y consuelo a Su corazón.

Queremos, por tanto, dar el primer paso y sentir tristeza por haber ofendido a nuestro Dios y Padre y a nuestro Salvador Jesucristo, y por haber sido tan insensibles en esta hora en que Él es blasfemado en todo el mundo, por lo cual está en profunda angustia por causa de la humanidad corrompida. Oremos fervientemente para que el lamento de Dios no sea en vano, sino que le escuchemos interiormente y quede grabado en nuestro corazón. Unámonos a Su lamento y que,

a partir de ahora, toda nuestra vida sea motivo de alegría para Él. Entonces seremos Sus consoladores.

El primer requisito para ello es que llevemos una vida de arrepentimiento. Dios tiene que lamentarse tanto hoy como en otros tiempos:

“Se aferran a sus mentiras y se niegan a volver(...) ¿Hay alguien que diga: “¡Qué cosa tan terrible he hecho!”? ¡No! ¡Todos corren por el camino del pecado tan veloces como galopa un caballo a la batalla!”.

Jeremías 8:5-6 NTV

“Aun así dices: ‘No he hecho nada malo. ¡Seguro que Dios no está enojado conmigo!’”.

Jeremías 2:35 NTV

Refiriéndose a estos pasajes de Jeremías, el profesor mencionado anteriormente escribe:

“El pensamiento básico es éste: nadie siente tristeza por su maldad. Esto la hace dos veces peor (...). Los apóstatas reafirman (...) con desparpajo insolente su inocencia, sin comprender con qué amor santo y celoso Dios observa toda su conducta y acciones”. *

*Ibid.: pp 99 y 53

¿No es ésa también la situación en los tiempos actuales? ¿Quién se vuelve de sus caminos pecaminosos y corruptos? ¡Sólo unos pocos! La gente está más interesada en afirmar la inocencia del divorcio, de las relaciones sexuales premaritales, de la sexualidad perversa, del aborto o lo que sea. Siempre se afirma que todo eso está en orden y que al que se opone a estas cosas con fundamentos bíblicos, es considerado anormal y que carece de compasión hacia los demás.

Sin embargo, Dios se lamenta también de nosotros, creyentes hoy, cuando nos justificamos de pecados menos visibles, tales como críticas, resentimientos, espíritu no perdonador y contencioso. El profesor Lamparter escribe:

“Esta negativa a arrepentirse y cambiar los malos caminos es absolutamente incomprensible: una contradicción de la conducta humana en general. Porque como dice el Señor: ‘Cuando una persona se cae, ¿acaso no vuelve a levantarse? Cuando descubre que está en un camino equivocado, ¿acaso no da la vuelta?’” (Jeremías 8:4 NTV). *

Tenemos que admitir: “No es natural si no llevamos una vida de arrepentimiento diario. Una y otra vez pecamos y sucumbimos a alguna

*Ibid.: pp 99, 100

tentación o dejamos que el conflicto interior se apodere de nosotros, pecamos con nuestras palabras, actitudes, pensamientos, acciones y en nuestra manera de ser”.

Así el arrepentimiento debería ser una parte integral de nuestras vidas. Entonces el Señor no necesitaría lamentarse y sufrir por nuestra causa. En vez de ello alegraríamos y consolaríamos Su corazón.

Por eso nuestra ferviente oración debe ser: “Dame luz y muéstrame qué hay en mí que te entristece, Señor”. La luz es algo que necesitamos siempre, según he visto. Somos ciegos respecto a nuestras actitudes, palabras y acciones pecaminosas. Hay muchas cosas que reprimimos. Nos engañamos a nosotros mismos pensando ser lo que no somos, a fin de disculparnos, o somos indiferentes y ni siquiera percibimos el daño que causamos a otros, y, por tanto, a Dios, por nuestra manera de ser. Así que oremos: “Muéstrame todo lo que hay en mí que te entristece a Ti y a otros, de modo que no tengas que lamentarte de mí ya más porque realmente quiero empezar una vida nueva”. Cuando este deseo está en nosotros, esto significa que Su lamento entró en nuestro corazón y así, Él alcanzó el objetivo de Su amor: que nos volvamos de nuestros pensamientos, actos y conducta pecaminosos.

Un corazón arrepentido que siente pesar por sus pecados es encendido por el amor a Dios. Y todo el que ama a Dios, oye Su lamento. El amor no puede soportar que nuestro Señor Jesucristo sea humillado, burlado, odiado y atacado. Hace mucho tiempo llegó a cumplirse en la vida de Jesús, el lamento del Salmo 69, un salmo mesiánico: “Sus insultos me han destrozado el corazón” (v. 20 NTV). Pero, hoy Su corazón ha de sentirse herido mil veces más por la horrenda deshonra que tiene que pasar en todo el mundo. Quien ama a Jesús sufre con Él por verle tan humillado.

El que es hijo del Padre por medio de Jesucristo, sufre con Dios Padre, el Eterno y Santo. Porque el amor es la naturaleza de Dios y la fuerza motivadora de todo lo que hace, Dios sólo puede lamentarse de forma tan conmovedora sobre la depravación de la humanidad, Sus hijos que Él creó conforme a Su imagen. Creen que son libres – libres de Dios– y son esclavos del Maligno, consumidos por sus deseos y sus pasiones, desfigurados por el pecado y contaminados en su imaginación. Están afligidos por el miedo y afligidos por enfermedades psíquicas, incluso los niños. Muchos están despersonalizados, son como muertos andantes: sin conciencia, sin ideales, sin esperanza ni futuro y completamente bajo la influencia de Satanás. Ésta es la situación de millones de criaturas de Dios. ¿No debería esto causar profundo dolor en Su corazón?

LLAMADOS A CONSOLAR A DIOS EN NUESTROS TIEMPOS

Todo el que ama a Dios y no quiere dejarle solo en Su gran sufrimiento por el que pasa hoy, dará la mayor importancia al versículo de la Biblia: Jesucristo “murió por todos para que los que viven ya no vivan más para sí mismos, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Corintios 5:15 NBV). El vivir para Dios, el pertenecerle y amarle significa que, en vez de quejarnos de nuestros pequeños problemas y aflicciones personales, nos concentramos en Sus intereses, los sufrimientos presentes de nuestro Dios, pues Él sufre y lamenta por la “Babilonia” de este mundo, tan lleno de pecados. Y cuando pensamos en Su dolor, somos consumidos de celo y procuramos hacer todo lo posible para que otras personas conozcan Su corazón, se arrepientan, sean salvos y regresen a Él antes de que sea demasiado tarde, una salvación por toda la eternidad.

En toda forma posible, haremos llegar el testimonio de quién y cómo es Jesucristo a aquellos que están descarriados, errando o buscando a Dios. Les diremos cuán grande es Su amor y, por consecuencia, Su sufrimiento por nosotros y el profundo anhelo con el que espera a Sus hijos. Cuando, muchas veces, sentimos

nuestra incapacidad y no sabemos cómo podemos realmente consolar a Dios, podemos dar pasos prácticos y, así, consolarle con nuestras acciones, como lo leemos en la carta de Santiago: “el que....permanece firme cumpliendo lo que ella (la Palabra de Dios) manda, será feliz en lo que hace” (Santiago 1:25 DHH).

Cuando nuestro corazón está sintiendo el gran dolor de Dios y tiene el deseo de consolarle, veremos que esta época nos ofrece muchas oportunidades. Sabemos de los innumerables puños que se levantan hoy contra Dios, hiriendo Su corazón. ¡Oh, qué oportunidad para consolar a Dios cuando aceptamos humildemente las severas adversidades en nuestra vida, soportándolas con paciencia! No podemos imaginar cuánto consuela a Dios cuando aceptamos las dificultades y problemas que nos trae la vida y las llevamos como nuestra cruz por amor a Jesús porque la gente hoy en día está buscando una cosa: desprenderse de toda y cualquier cruz. Por esto muchos se dan a las drogas y otros vicios como forma de escape, y muchos viven en rebeldía. Todo esto surge de la raíz venenosa de la desconfianza en Dios. Así, podemos consolar grandemente el corazón de Dios por medio de nuestra confianza.

Así que, en los caminos del sufrimiento confiemos de modo implícito e incondicional porque la voluntad de Dios es bondad, Su

corazón es puro amor y buenos son los caminos por los cuales Él nos guía.

El hecho de que los jóvenes se están apartando de Dios hoy es un gran dolor para Dios. Qué gran sufrimiento hay en las familias cuando seres queridos –sea los hijos o uno de los padres o un cónyuge– cae en las garras de Satanás, habiendo abandonado a Dios y Sus mandamientos, y escoge seguir las tendencias pecaminosas de nuestra época. Los que están angustiados, viendo esto acontecer en sus propias familias, pueden consolar grandemente a Dios, cuando soportan sus sufrimientos personales con humildad y paciencia porque así comparten Su sufrimiento por causa de los jóvenes que se están hundiendo en el lodo del pecado.

En vista de las innumerables y amargas aflicciones que nos trae la presente época satánica, tenemos diferentes oportunidades para consolar a Dios. Lo consolamos cuando nos humillamos bajo nuestro propio pecado y luchamos en fe contra éste y los poderes del mal con todas nuestras fuerzas. Consolamos a Dios, cuando luchamos en oración por las almas que Satanás procura desviar del buen camino para conseguir control de ellas. Y así, podemos dar muchos ejemplos de la forma de consolar a Dios en estos días cuando Él sufre sin medida.

Dios está buscando hoy verdaderos creyentes, consoladores, que se lamenten y suspiren por causa de los pecados de nuestros tiempos que claman al cielo. En Ezequiel 9 leemos que había que buscar en la ciudad de Jerusalén a los que lloraban y suspiraban a causa de todas las abominaciones que se hacían allí (Ezequiel 9:4). Estas almas eran tan preciosas para Dios que encomendó a un ángel que pusiera una marca en sus frentes, para que fueran protegidos durante el juicio que se acercaba.

En estos últimos tiempos, cuando el mundo se ha vuelto una Babilonia de pecados y los severos juicios de Dios son inminentes, es de suma importancia que se levante un lamento sobre las abominaciones que se cometen hoy y sobre el sufrimiento que causan a Dios. Para los tiempos finales hay una profecía sobre Israel que se lamenta y llora amargamente por lo que hizo a Jesús cuando ven a Aquel que habían traspasado (Zacarías 12:10). Pero, no sólo el pueblo de Israel ha de lamentarse, cuando Jesús aparece al fin de los tiempos; los suyos también han de unirse a Su lamento ahora en la época final, cuando el sufrimiento de Dios es universal y sin medida.

Almas que se lamenten con Dios, esto es lo que Dios el Padre está deseando, y Jesús también, en Sus sufrimientos presentes. Dios está esperando la respuesta de nuestros corazones, sintonizados con Él y sufriendo con Él: la respuesta de los lamentos por el dolor de Dios.

LOS CONSOLADORES DE DIOS EN LOS ÚLTIMOS TIEMPOS

Hoy es el día en que podemos experimentar el mayor cumplimiento y satisfacción para nuestra vida al pasar a ser consoladores de Dios y así ser una parte de la comunión de las almas que se lamentan con Dios y le consuelan. Tal como los sufrimientos de Dios tienen hoy un alcance mundial, Sus consoladores se encuentran en todo el mundo. Sintonizados con Su corazón, son sensibles al sonido de Su lamento, la expresión de Su amor sufriente. Como las cuerdas de un violín, las cuerdas de esos corazones vibran con los lamentos de su Dios.

Los días actuales, que llevan la característica del dolor y del gran lamento de Dios, también deberían caracterizarse por las almas que consuelan a Dios y se lamentan con Él. Los tiempos finales constituyen un período único en los planes eternos de Dios y en toda la historia de la humanidad. Es la toma de decisión para el momento en que el juicio de la ira de Dios descenderá sobre la tierra. Pues cuando no hay arrepentimiento alguno, después de todas las súplicas y lamentos procedentes del amoroso corazón de Dios, Él se verá obligado a derramar Su ira sobre el mundo. Entonces Él sólo podrá

responder con juicio a todos los pecados que claman al cielo. De Su amoroso corazón entristecido brotará Su ira santa como la última expresión de Su amor.

El juicio de la ira de Dios es inminente. Por eso los lamentos de Dios son tan conmovedores, cuando Él, en amor, trata de ganar nuevamente a la humanidad. Él anhela que, como resultado de Sus lamentos, se salven más almas todavía, y que Su juicio sea diferido y mitigado. ¡Oh, que eso pueda acontecer y los que le pertenecen puedan ponerse a Su lado, lamentando con Él y consolándole!

Ahora, en el tiempo que precede a la Segunda Venida de Jesús, es de vital importancia el que pertenezcamos a la comunión de las almas que se lamentan con Dios y le consuelan. Algunas de estas almas consolarán a Jesús por medio de Su entrega a soportar los sufrimientos de la persecución e incluso su entrega llegará hasta la muerte, como muchos mártires de nuestros tiempos.

Los consoladores de Dios también serán los que permanecerán firmes cuando la ira santa de Dios irrumpa como un fuego abrasador, cuando Sus juicios descendan sobre la humanidad, y la tierra sea sacudida por una guerra nuclear. Entonces todos los que han vivido en unión con el corazón de Dios y han comprendido que Sus sufrimientos y lamentos proceden de Su amor,

no perderán la confianza en el amor de Dios durante este período de severos juicios. Se habrán vuelto firmes y fuertes por medio de su amor a Jesús y sus sufrimientos con Él y por Él.

Probados por sus sufrimientos, estos consoladores de Dios serán también pilares para el mundo nuevo, del cual habrá un anticipo después de la catástrofe mundial que se avecina. Estos vencedores estarán más tarde entre los que en medio de los sufrimientos de la era anticristiana serán arrebatados para estar con Jesús su Esposo. Y después que Él haya establecido Su victoria sobre el Anticristo, y establecido Su Reinado, ellos reinarán con Él en Su gloria.

Los tiempos finales son probablemente los tiempos de mayor sufrimiento para Dios y sus fieles. Sin embargo, esos sufrimientos abren camino para el venidero Reino de Dios y Su victoria sobre el mundo entero. Los tiempos finales serán seguidos por el establecimiento de su Reinado, época del triunfo de Dios y de la victoria de Jesucristo y de Sus seguidores.

Y ¿quiénes triunfarán con Jesús? Sus consoladores, almas que le amaban, que junto con los vencedores, participarán de Su gloria en las bodas del Cordero, el gran capítulo en los planes eternos de Dios. Fueron leales a Jesús en el tiempo del sufrimiento. Le amaron, le consolaron, sufrieron y se lamentaron con Él. Junto con ellos el Cuerpo de Cristo quedará

completo en número y madurez, y así se celebrarán las bodas del Cordero. La redención de la creación seguirá y luego la Jerusalén celestial descenderá sobre la nueva tierra. ¡Cuán maravillosos son estos planes y consejos eternos concebidos por Dios en Su amor!

Y cuán bienaventurados son los que se lamentan con Dios y le consuelan. Ésta es una santa vocación, a la cual son llamados los creyentes de los últimos tiempos por el Espíritu Santo, que escudriña las profundidades de la Divinidad. Él revela el corazón de Dios Padre y del Hijo, dejándonos participar en Su profundo amor y sufrimiento. ¡Qué vocación tan santa es llevar gozo a Dios y a consolarle!

Verdaderamente,
no puede haber
mayor privilegio
que estar tan cerca
del corazón de Dios
y ser su consolador.



3

¿CÓMO PODEMOS CONSOLAR A DIOS?



1. Cuando derramamos lágrimas de arrepentimiento, cambiando nuestra vida y odiando el pecado que le causa tanto sufrimiento.

2. Cuando participamos en Sus lamentos, habiendo aprendido a llorar por nuestros propios pecados.

3. Cuando el amor nos motiva a testificar del Señor, poniéndonos a Su lado cuando Jesús y Sus mandamientos son odiados y blasfemados.

4. Cuando adoramos y honramos al Cordero triunfante en la medida en que, hoy Él es deshonrado y burlado.

5. Cuando nos dedicamos a Él sin reservas y por amor, le damos todo lo que tenemos, nuestra voluntad y todos nuestros deseos sin tener en cuenta lo que nos cuesta.

6. Cuando amamos al Padre profundamente y como verdaderos hijos le decimos palabras cariñosas en la medida en que es odiado hoy.

7. Cuando adoramos a Dios en medio de caminos difíciles, confiando totalmente en Su guía, aunque todo parezca difícil y sin sentido, sabiendo que todo proviene de Su amor.

8. Cuando amamos nuestra cruz, soportando nuestras aflicciones, dificultades y decepciones pacientemente con Jesús, recordando que Él llevó su Cruz y también las nuestras.

9. Cuando soportamos en una actitud sacerdotal el sufrimiento de ver a seres queridos alejándose de Dios y siguiendo caminos pecaminosos; habiéndonos humillado bajo nuestros propios pecados.

10. Cuando nos comprometemos en la batalla de fe y luchamos en oración por las almas que fueron descarriadas.

11. Cuando, conforme con el último pedido de Jesús, nos amamos unos a otros y vivimos en reconciliación, especialmente dentro del Cuerpo de Cristo.

12. Cuando, en lugar de derramar lágrimas por nuestro propio sufrimiento, en autocompasión, lloramos por el dolor de Dios.

13. Cuando no buscamos honra y gloria para nosotros mismos, sino seguimos a Jesús en el camino de la humildad, estando así cerca de Él en Su gran humillación hoy.



ORACIÓN

Aquí estamos, Señor, los que Tú llamaste en estos tiempos finales, para lamentarnos contigo y consolarte.

Te pedimos que enciendas en nuestros corazones un amor que pueda percibir lo mucho que sufres hoy y cuyo único deseo sea consolarte en medio de Tu gran dolor por tus hijos y por este mundo tuyo.

Por eso, concédenos que nuestros sacrificios, adoración y amor, nuestra devoción y confianza en Ti, te lleven gozo continuamente a Tu corazón y te consuelen en Tus presentes sufrimientos.

Queremos dedicarnos a consolarte, a fin de ser tus verdaderos hijos, oh nuestro Padre, que te amemos profundamente, ofreciéndote todo nuestro amor y gratitud a Ti, Señor Jesús, por salvarnos y por traernos felicidad.

Queremos vivir ahora por y para Ti, nuestro Señor y Dios, y morir para nuestro yo con todos sus deseos y propósitos, alcanzando así el don supremo y más glorioso: el privilegio de consolarte en esta hora de Tu dolor más profundo.

Que nuestro amor te conforte en tu dolor, pues somos tus hijos y queremos ser tus consoladores, amado Padre y nuestro Señor Jesucristo. Amén.

4

EL ESPÍRITU SANTO SUFRE - ¿QUIÉN LE CONSUELA?



*¡Cuánto sufre el Santo Espíritu,
Llamando a la puerta
sin nadie escuchar!
Sigue llamando lleno de dolor...
Pero pocos le abren su corazón al amor.*

*¡Cuánto sufre el Santo Espíritu!
Él es Consejero de amor y verdad;
Mas todos, pensando saber lo mejor,
No quieren oír la voz del Señor.*

Decimos en el Credo Niceno: “Creo en el Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo; que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria”, esto implica que el Espíritu Santo –como el Padre y el Hijo– puede ser deshonrado y entristecido por nosotros, puesto que nos dice la Escritura, en Efesios 4:30: “No entristezcan al Espíritu Santo”.

Sabemos que las personas pueden ser entristecidas y ofendidas si no les tenemos la

consideración que merecen, si no apreciamos lo que quieren darnos. ¡Cuánto más Dios el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo! Dios posee un corazón que puede ser herido porque Él nos ama tiernamente y en todo lo que quiere darnos expresa la plenitud de Su amor.

Percibí en mi propia vida que entristecemos al Santo Espíritu cuando no apreciamos las dádivas preciosas que Él nos ofrece. El Espíritu Santo nos hace ofertas maravillosas, por ejemplo, Él quiere ser nuestro Consejero. Jesús dijo, incluso, que era en beneficio nuestro que Él se fuera de esta tierra, pues entonces nos podría enviar al Espíritu Santo (Juan 16:7). ¡Cuán importante fue para Jesús que el Espíritu Santo viniera a nosotros en Su papel de Consejero, Abogado e Intercesor! ¡Qué significativo es esto para nosotros!

¿Será que percibimos realmente qué gran don es que el Espíritu Santo quiere venir a nosotros? Si no valoramos esto, entristecemos al Espíritu Santo. Él quiere aconsejarnos y guiarnos en Su capacidad de Consejero siempre que no sabemos cómo actuar. ¡Qué gran amor del Espíritu Santo! Pero, ¿nos dirigimos y acudimos a Él? Por ejemplo, cuando estamos indecisos y preguntamos: ¿Qué decisión debo tomar aquí?, ¿Cómo debo reaccionar ahora?, ¿Qué debo decir al respecto de esto o de aquello?, ¿Qué debo responder en esta situación?, ¿Debo amonestar y

exponer las obras infructuosas de la oscuridad, como dice la Escritura (Efesios 5:11)?, ¿O es mejor esperar en este caso y soportar con paciencia?, ¿Qué es lo que convendría en el espíritu de amor?. A menudo no sabemos la respuesta, pero en nuestro orgullo y arrogancia tomamos nuestras propias decisiones, haciendo lo que creemos mejor, conforme a nuestro entendimiento o a lo que nuestra voluntad propia nos induce. O bien confiamos en el consejo de otras personas. Pero al Espíritu Santo, que nos fue enviado expresamente como nuestro Consejero, le consultamos muy poco.

Sin embargo, sería tan natural que escuchemos Su guía y advertencias todo el día. Él nos orienta lo que debemos o no hacer. Él nos muestra lo que deberíamos decidir en situaciones específicas y lo que tiene más importancia. Pero, aunque el Espíritu Santo está -como podríamos decir- a nuestro lado y esperando que le demos atención y le preguntemos, nosotros no nos dirigimos a Él. Y así, sin percibirlo, descuidamos y entristecemos al Santo Espíritu. Ésta es la realidad. ¡Qué gran dolor para Él!

Debo confesar que durante un tiempo de mi vida cristiana, yo sabía lo que las Escrituras dicen sobre el Espíritu Santo, pero muchas veces no tomaba eso en serio. Como resultado me encontraba a menudo en situaciones difíciles cuando tenía que tomar decisiones o dar mi

opinión sobre asuntos importantes. Pero, entonces, Jesús grabó en mi corazón Sus palabras sobre el Espíritu Santo que era enviado como nuestro Consejero. Así comencé a acudir a Él en la práctica. En cada situación me dirigía al Espíritu Santo, diciendo: “Tú me fuiste dado como Consejero. Por favor, guíame ahora para tomar la decisión correcta. Dame las palabras apropiadas para esta situación...”.

Repetidamente he experimentado en la dirección de nuestra organización Su maravillosa guía en situaciones muchas veces complicadas y sin salida. Descubrí que cuando no sabemos qué curso de acción seguir o cuál debe ser el próximo paso, podemos preguntarle al Espíritu Santo y Él nos ayuda a tomar la decisión acertada. Esta experiencia llenó mi corazón de un amor siempre creciente por el Espíritu Santo. Llevándome a cantar con inmensa gratitud:

*¿Qué haría yo sin Ti?
¡Tiernas gracias te doy
hoy y por siempre! Amén.*

Hay, sin embargo, una condición para que experimentemos al Espíritu Santo como Consejero. Debemos pedirle que venga y nos aconseje. Pues la obra de Dios en nuestras vidas depende de nuestras oraciones. “Pidan y

recibirán”, es lo que dice Jesús. Esto también se aplica a la obra del Espíritu Santo. Si no oramos “Ven, Espíritu Santo como Consejero”, el Espíritu Santo no vendrá a nosotros para darnos consejo. En vez de esto, nos afligimos con nuestros problemas. Con nuestro intelecto buscaremos una solución, con frecuencia, en vano. Y cuando averiguamos aquí y allí, confiando en las capacidades humanas, raramente hallaremos una respuesta adecuada.

¡Qué bendición que podamos pedirle al Espíritu Santo y que tengamos la seguridad de que Él nos dará la respuesta! No podemos ir a una persona pidiendo consejo siempre que lo necesitamos.

Y aún si pudiéramos, frecuentemente esta persona no está en condiciones de darnos un buen consejo. Pero el Espíritu Santo está disponible para nosotros en todo momento, y siempre nos da el consejo correcto, porque es el Espíritu de la Verdad y nunca nos guiará erradamente.

Así que no entristezcamos más al Espíritu Santo descuidando Su Persona y no nos cavemos “cisternas rotas”, olvidando la fuente de agua viva. Si Dios el Padre se lamentó una vez sobre esto (Jeremias 2:13), lo mismo hará el Espíritu Santo. Leemos en Romanos 8:26 que el Espíritu “intercede por nosotros con gemidos indecibles”. Estos gemidos pueden ser también

una especie de lamento. ¡Quién puede comprender el amor del Espíritu Santo! Una y otra vez está dispuesto a ayudarnos a pesar de Sus experiencias penosas con nosotros.

Recordando el tiempo en que a menudo no pedí consejo al Espíritu Santo, siento una obligación especial de hablar de Su sufrimiento. En nuestros días las personas se preocupan mucho de su realización personal. Lo deciden y juzgan todo según lo creen mejor. Y todo aquel que se opone a esta realización personal, o es dejado de lado, o es sometido a crítica. ¡Cuánto más por lo que se refiere al Espíritu Santo! Debe haber muchos millones que le resisten. Aunque Él quiere ayudarles como su Consejero, frecuentemente es rechazado, sí, y aun burlado y blasfemado.

De manera que honrémosle y consolémosle, haciéndonos dependientes de Él por completo. Ésta es la característica distintiva, por ejemplo, del amor de un hijo para con su padre; y nosotros hemos recibido el espíritu de filiación o adopción (Romanos 8:15). Un hijo está contento de depender de su padre y de ser guiado por él, suponiendo que todavía existe entre el padre y el hijo la relación de amor dada por Dios. Si amamos a alguien, nos hacemos dependientes de esta persona, por voluntad propia. Lo mismo es válido para nuestra relación con el Espíritu

Santo. Al decidir ser dependientes de Él, le mostramos nuestro amor y nuestro respeto.

Feliz es aquel cuya vida transcurre en este estado de dependencia amorosa del Espíritu Santo, eligiéndole como su Guía y Consejero. La seguridad de que el Espíritu Santo está guiándonos en todo, llena el corazón de una profunda paz. ¡Y cuán humilde es el Espíritu Santo al esperar hasta que nosotros le pidamos que nos dé Su consejo! Que no espere en vano. Que halle en nosotros almas humildes y amorosas que le den consuelo y le proporcionen gozo al hacerse dependientes de Él y darle gracias. Entonces Él es glorificado, así como confesamos en el Credo: “El Espíritu Santo es glorificado junto con el Padre y el Hijo”. Amemos y honremos al Espíritu Santo, de un modo especial, por ser tan abnegado. Él siempre busca glorificar al Padre y al Hijo, sin pensar en Sí mismo.

Queremos honrar al Espíritu Santo, no dejándole esperar cuando Él quiere concedernos Sus dones. Que no adoptemos una actitud negativa pensando que éstos fueron concedidos sólo en los días de los primeros cristianos. El Padre, el Hijo y el Espíritu son lo mismo ayer, hoy y por los siglos. Cuando el Espíritu quiere concedernos un don –sea el don de sabiduría, de sanidad, de profecía, de hablar en otras lenguas, de enseñar, de dirección o de discernimiento–

siempre se trata de una muestra de Su amor inconmensurable (1 Corintios 12 y 14; Romanos 12: 4-8). ¡Qué maravilloso es que venga a nosotros con Sus dones! Así que no los rechazamos o incluso llamemos algunos de ellos demoniacos, como si fueran dados por el enemigo de Jesucristo y del Espíritu Santo: esto es, por Satanás. ¡Oh, si supiéramos cómo entristecemos, y aún más, blasfemamos del Espíritu Santo con una actitud semejante!

No queremos hacer esto. Queremos aceptar Sus dones con gratitud; pero no apropiarnos de ellos como si fuesen nuestra posesión. Las Sagradas Escrituras dicen del Espíritu que “reparte a cada uno en particular según él lo determina” (1 Corintios 12:11). Por tanto, deberíamos tener siempre en cuenta: lo que importa no son los dones en sí, sino el Dador, el mismo Santo Espíritu. De esta forma también entristeceríamos al Espíritu Santo si diésemos demasiado énfasis a Sus dones, usándolos para satisfacción propia o para conseguir poder. En vez de hacer esto, en un tiempo en que Dios el Padre, Jesús y el Santo Espíritu están sufriendo sin medida, nuestra preocupación debería ser amar y honrar al Santo Espíritu, procurando depender de Él en todo lo que tenemos que decidir hacer o no hacer, siguiendo Su guía y haciendo caso de Sus advertencias, especial-

mente hoy, cuando no se le hace caso, incluso entre los suyos.

Hay un problema común a todos los creyentes, y consiste en la tendencia a no hacer caso de las suaves advertencias del Santo Espíritu cuando, por ejemplo, decimos palabras de resentimiento, autoritarias, o desconsideradas, tenemos malos pensamientos o sentimientos, o hacemos algo malo. ¡Cuán rápidamente escuchamos la voz del Enemigo!: “Pero, tú no querías decir esto. Incluso, tuviste un buen propósito. Esta persona no debería ser tan sensible o quedar ofendido”. Con estas excusas, con frecuencia, no hacemos caso de las amonestaciones del Espíritu Santo, y lo mismo hacemos cuando trata de advertirnos por medio de otros.

No comprendemos cuán a menudo resistimos al Espíritu Santo cuando, a pesar de Sus amonestaciones, insistimos: “En verdad, mi falla no fue tan grave”. Con esta actitud entristecemos profundamente al Santo Espíritu. Él sabe que cuando persistimos en este estado de resistencia interior, nuestra conciencia se vuelve más y más insensible y vamos haciéndonos indiferentes a pecados habituales. Y al fin, el Santo Espíritu se aparta de nosotros y esto significa la muerte espiritual.

Quizá nos quejamos de nuestro estado espiritual, pero no notamos que nosotros mismos

tenemos la culpa. Cuando resistimos las amonestaciones –sí, reprensiones– del Espíritu Santo en nuestra arrogancia, autosuficiencia y rebeldía, la vida divina en nuestro corazón comienza a disminuirse. ¡Qué dolor ha de ser esto para el Espíritu Santo! Él quiere habitar en nuestro corazón, pero ahora hay una barrera para Él.

¡Cómo debe lamentarse el Espíritu Santo! Él quiere transformarnos a la imagen de Dios, ya que ésta es Su tarea, pero ahora el alma tiene una imagen deformada de Dios. Esto nos motiva a orar:

Oh Espíritu Santo,

Todo tu esfuerzo, todo Tu interés paciente conmigo no debe ser en vano. No quiero que encuentres en mí, ahora, una imagen distorsionada de Dios, como fruto de Tu obra; has sufrido demasiado para este propósito.

Por eso, traigo a la luz mis pecados, que yo he reprimido y no he querido admitir.

Que tu luz los ponga a la vista y consuma todo lo que hay en mí que no sea bueno y puro a los ojos de Dios, de modo que pueda ser un hijo de luz para Tu alegría y gloria, oh Espíritu Santo.

Con el deseo de no entristecer al Espíritu Santo, ha sido una ayuda para mí orar repetidas veces los siguientes versos:

*Ven, Espíritu de Verdad,
y derrama Tu luz sobre mí,
ilumina lo profundo de mi ser,
y trae a la luz, te imploro
aquello que no creo sea pecado
pero lo es, ante Tus ojos.*

*Dame Tu luz, y déjame ver la verdad,
para que pueda verme como Tú me ves.
Oh dame Tu luz, Espíritu Santo.*

*Dame Tu luz,
pues ciego soy por naturaleza,
sólo así podré ver mi pecado,
ser liberado y
no perecer por él.
Oh, dame Tu luz, Espíritu Santo.*

Cuando llevemos en nuestro corazón el dolor que causamos al Espíritu Santo con nuestra indiferencia o resistencia a Sus amonestaciones y reprensiones, podremos sufrir y lamentarnos con Él de la indecible deshonra y blasfemia que tiene que sufrir hoy como en ninguna otra edad previa. Y así nos pondremos de Su lado cuando veamos que el Espíritu Santo es deshonrado, y

nuestros corazones se llenarán de dolor al ver lo que Él sufre.

¡Oh, cuán profundamente entristecidos nos sentiremos al ver lo que acontece en muchas vidas cuando hay resistencia al Espíritu Santo: ¡un alejamiento de Dios! Estos miembros que se apartaron del Cuerpo de Cristo –y hay más cada día– han resistido al Espíritu Santo y Sus amonestaciones al máximo, pisoteando los mandamientos de Dios. Han agraviado y provocado al Espíritu Santo, haciendo que se aparte de ellos (Isaías 63:10).

Como resultado, “el espíritu de abajo” asume el control de ellos, por ejemplo, en forma de un espíritu inmundo. En los Evangelios, los demonios son llamados con frecuencia “espíritus inmundos”; una y otra vez leemos que Jesús reprendió a espíritus inmundos. De esto podemos ver que todos los pecados de la inmoralidad sexual están en oposición al Espíritu Santo y le causan dolor. Muchos miles y aun millones de cristianos ceden hoy y se conforman al espíritu de nuestra época, “haciendo lo que hacen todos los demás”. Hoy el Espíritu Santo tiene que ver cómo los espíritus inmundos controlan a la gente, cuando se permiten tener relaciones antes y fuera del matrimonio, o incurren en perversiones sexuales. Sí, los poderes de las tinieblas están ganando terreno en todas partes hoy día. Y

en muchos casos, los que se han vuelto atrás continúan moviéndose en círculos cristianos.

Cuando una persona permite entrar a espíritus inmundos se va poniendo, más y más, bajo su guía y control, aunque quizá no se dé cuenta de ello al principio. Pero, abrirle el corazón a un espíritu inmundo y cerrarlo a las amonestaciones del Espíritu Santo, siempre conduce a la destrucción, al juicio y a la muerte.

¡Cuán importante es, pues, hacer caso de las palabras: “No endurezcan sus corazones. ¡Arrepiéntanse!”.

¡Cuánto dolor para el Espíritu Santo que tales apóstatas sean con frecuencia los mismos en quienes Él, con paciencia, ha llevado a cabo Su obra de transformación, tal vez durante años! Cuántos de ellos fueron creyentes nacidos de nuevo por medio de Él, el Espíritu Creador, y que podían ser transformados por Él hasta cierto punto a la imagen de Jesús. ¡Qué dolor para el Espíritu Santo tener que ver que todos Sus esfuerzos han sido en vano! Su obra parece yacer en ruinas, destruida en las vidas de los que un tiempo eran creyentes en todo el mundo. Él los amaba y les prodigaba Sus cuidados y ahora se han apartado. Ellos, incluso dieron espacio a los poderes de las tinieblas, al espíritu de la inmoralidad, que ahora vive en ellos; una gran decepción para el Espíritu Santo. El Espíritu Santo tiene que ceder el lugar que tenía en sus

corazones (Romanos 8:11) al espíritu de las tinieblas. Esto los lleva, junto con muchos ateos, a blasfemar contra Dios Padre, Jesús y el Espíritu Santo.

Del mismo modo que Dios el Padre y Jesús son degradados y blasfemados hoy, también lo es el Espíritu Santo en la literatura y en espectáculos. Para nombrar sólo un ejemplo, en la pared de una iglesia alguien pintarrajeó estas palabras: "...el pan es mi cuerpo, el vino es mi sangre, y la marihuana es mi espíritu". Estas blasfemias acarrearán el severo juicio que Jesús pronunció sobre aquellos que atacan al Espíritu Santo. En defensa del Espíritu Santo, Jesús dijo que todo aquel que blasfema contra el Hijo del Hombre puede ser perdonado; pero aquel que blasfema contra el Espíritu Santo no será perdonado, ni en este mundo ni en el venidero (Mateo 12:31-32).

Así, pues, deberíamos defender, consolar y alegrar al Espíritu Santo. Queremos mostrarle nuestro amor estando de Su lado y dando testimonio de Él cuando es atacado y blasfemado y oponiéndonos a estas blasfemias. Queremos ser consoladores del Espíritu Santo, que sufre inmensurablemente hoy. No sólo consolemos a Dios el Padre y al Hijo, sino que pidamos al Espíritu Santo que inspire compasión en nuestros corazones por el sufrimiento de nuestro Padre Celestial y del Señor Jesús. Consolamos

también al Espíritu Santo mismo. Le consolamos cuando queremos tener contacto con Él porque es una señal de amor el estar junto con la persona amada. Y así, cuando nos dirigimos con frecuencia al Espíritu Santo, hablando con Él y pidiendo Su consejo, esto es un consuelo para Él. Queremos alegrarle y consolarle, agradeciéndole por concedernos Sus dones y aceptándolos con humildad. Honrémosle, no usándolos de modo inapropiado en nuestra arrogancia. Sí, démosle gloria dando importancia no ya a los dones solamente sino al Espíritu Santo mismo, y dándole nuestro amor. No resistamos más Sus esfuerzos en nuestras vidas. Porque cuando Él nos convence de nuestros pecados es con el fin de transformarnos en la imagen de Jesús y hacernos hijos de la Verdad.

Queremos darle gracias por revelarnos la naturaleza de Dios Padre y del Hijo y darnos comprensión sobre los planes y propósitos eternos de Dios para los tiempos finales. Vamos a consolar al Espíritu Santo, entregándonos por completo a Su dirección en los tiempos difíciles que tenemos delante.

*Oh, Espíritu Santo, te amo,
Tú mi constante Ayudador,
que me haces conocer mi camino
en todo tiempo con tanto amor.*

*Oh, Espíritu Santo, te amo,
Espíritu de Verdad divina,
me libras de las oscuras tinieblas
y me rodeas de Tu santa luz.*

*Oh, Espíritu Santo, te amo,
por Tus innumerables dones,
especialmente por el don del amor,
el don más precioso de todos.*

*Oh, Espíritu Santo, te amo,
Tú eres mi invitado querido,
Tú me enseñas la fe y cómo llevar
la carga de mi cruz.*

*Oh, Espíritu Santo, te amo,
Tú me muestras los pecados
que yacen escondidos en mi corazón,
y me haces puro por dentro.*

*Oh, Espíritu Santo, te amo,
oh Espíritu Creador.
De la nada has hecho todo,
acepta mi adoración.*

*Y suavemente transformas nuestras vidas,
imprimiendo en ellas la imagen
pura de Dios,
Espíritu del Padre, Espíritu del Hijo,
¿de qué recompensa no eres digno?*



5

EL DOLOR DE DIOS EN LA ACTUALIDAD



*Extracto del folleto
“Corazones sintonizados con Dios”*

Entre las leyendas de los jasidim* transmitidas a posteridad, el rabino Moshe Leib de Sasow relata la conversación concisa entre dos campesinos:

- “Dime, ¿me quieres?”.
- “Te quiero mucho”.
- “Dices que me quieres, pero no sabes lo que necesito. Si realmente me quisieras, conocerías mi aflicción”.

El sabio rabino tomó esto en serio. Siempre que vio a otras personas sufriendo, ya sea física o emocionalmente, se compadecía de su dolor como si fuera su propio dolor. Cuando alguien mostró sorpresa por su capacidad de compartir los problemas de los demás, dijo el rabino: “¿Qué quieres decir con ‘compartir’? Es mi propio dolor; ¿qué podría hacer, excepto sufrir por ello?”.

*Jasidim: movimiento que surgió entre los judíos europeos en el siglo 18. Un pensamiento fundamental de los jasidim es que, aunque Dios esté en todas partes, sufre junto con Su pueblo en el exilio.

Esta verdad se aplica no sólo a las relaciones humanas, sino especialmente a nuestra relación con Dios. ¡Dios sufre y siente pesar hoy en día! La Madre Basilea abrió el camino para comprender este aspecto de Dios, tan olvidado y raras veces mencionado a lo largo de los siglos en obras teológicas. Casi simultáneamente, al otro lado del mundo, un teólogo luterano japonés, Kazoh Kitamori, escribió una obra sobre la “Teología del dolor de Dios”. El libro fue escrito durante la Segunda Guerra Mundial. Su edición alemana fue publicada en 1972.

Nunca olvidaremos el momento cuando la Madre Basilea consiguió por primera vez un ejemplar y describió el impacto que tuvo en ella. Estaba impregnado del mismo espíritu que la motivó a hablar del sufrimiento de Dios. Kazoh Kitamori escribió:

“Me fue revelado ‘Dolor de Dios’ como el corazón del Evangelio. Esta revelación me llevó a seguir el camino andado por el profeta Jeremías (Jeremías 31.20). Fue ‘el hombre que vio de manera más profunda el corazón de Dios’ (Kittel). Estoy lleno de gratitud por haber podido experimentar las profundidades del corazón de Dios junto con Jeremías.

Debemos pronunciar las palabras ‘Dolor de Dios’, como si se nos permitiera pronunciarlas sólo una vez en nuestras vidas. Los que perciben

el dolor de Dios, dejan de ser locuaces, y abren su boca sólo por la pasión de testificarlo”.

Aunque nadie puede ver a Dios y seguir vivo (Éxodo 33.20), el Profesor Kitamori explica que es posible ver Su dolor y, sin embargo, vivir, porque Su dolor fluye de Su amor. Es el amor de Dios el que refina y transforma el dolor humano, hasta que, en nuestro dolor, seamos “conformados con él en su muerte” (Filip. 3:10).

Según el Profesor Kitamori, el “dolor de Dios” que fue visto por Jeremías y “el amor” que Pablo vio en la cruz, son “la esencia de Dios”, “el corazón de Dios”. El recuperar esta esencia perdida es, en sus palabras, la tarea seria y urgente de la teología hoy. Destaca la necesidad de dar testimonio del dolor de Dios.

El hecho de que este aspecto de Dios se ha olvidado en gran medida puede ser la razón de tanta apatía, complacencia, mundanidad y tibieza entre los cristianos. Sin duda, es de vital importancia que se perciban los sufrimientos de Dios hoy.

La comprensión de que tenemos un Dios vulnerable, que siente dolor, que anhela nuestro amor y se entristece por nuestro pecado, es el mayor incentivo para que odiamos el pecado y rompamos con él. Esta percepción, más que cualquier otra cosa, nos llevará al arrepentimiento, porque, si amamos a Dios, no queremos entristecerle (ver Juan 14.15; 15.10, 1 Juan 5.3).

Si, por amor a Dios, nos resistimos al pecado en nuestras vidas, también oiremos Su llamada a sufrir con Él (ver 1 Pedro 2.21; 4.1,12-13). Un Dios impassible, incapaz de sentimientos, no tendría este efecto en nosotros.

La Madre Basilea escribió:

“Sólo cuando nos acercamos a Jesús en arrepentimiento diario, podemos escapar del peligro de honrarlo como el Señor de ‘ayer’ y no como el Jesús de ‘hoy’... Es de suma importancia para Jesús que le conozcamos como el que vive, ama y sufre hoy porque Él es el Señor vivo. Él es el Señor siempre presente”.

Nuestra vida espiritual depende de esta comprensión en nuestro corazón. Tal vez todavía estamos bajo la ley y evitemos el pecado por miedo al castigo, al fuego del infierno, escandalizar a los demás, la vergüenza de ser una carga para los demás, perjudicarnos a nosotros mismos o dañar nuestra salud.... No es a Dios a quien tememos, sino a las consecuencias. Si estamos bajo la gracia, evitaremos el pecado porque entristece y lastima a Dios. Como el teólogo Kazoh Kitamori dice: “El ‘dolor de Dios’ refleja Su amor por los que se han vuelto contra Él”.

Dietrich Bonhoeffer lo vio de manera similar: “Los cristianos permanecen al lado de Dios en la hora de Su sufrimiento...El hombre está llamado a compartir los sufrimientos de Dios por un

mundo sin piedad” (18 de julio de 1944). “Debemos abandonar completamente cualquier intento de hacer algo por nosotros mismos ... Así nos arrojamos por completo a los brazos de Dios, ya no más pensando en nuestros propios sufrimientos sino en los sufrimientos de Dios en el mundo, velando con Jesús en Getsemaní... ¿De qué forma el éxito nos haría arrogantes, o el fracaso nos desanimaría, si compartiéramos los sufrimientos de Dios de esta manera en nuestras vidas?” (21 de julio de 1944).

Si nos falta la relación del corazón con Dios, como se describe en las Escrituras, no podremos compartir Su dolor. En cambio, es la mentalidad de la época presente que dictará las normas de la teología y de la Iglesia. Hoy en día, podemos ver que esto lleva a dudas sobre la credibilidad de la Biblia, el rechazo de los mandamientos de Dios, discriminación contra los que aman al Señor, degradación en relación al concepto de Dios hasta la blasfemia, una actitud de libre elección en cuanto a lo que creemos, el desprecio por el mandato bíblico de evangelizar. El resultado de todo esto es el sincretismo y la fraternidad con otras religiones mundiales no cristianas, sin distinción.

La pérdida de la capacidad de sufrir con Dios, también puede haber contribuido al antisemitismo y a la persecución de los judíos a lo largo de los siglos, haciendo que los cristianos se

cieguen a la realidad de lo que estaban haciendo al herir a” la niña de los ojos” de Dios (Zac.2.8).

El deseo de la Madre Basilea para todos los que aman al Señor en todo el mundo es:

“El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo revelarán las profundidades de Dios a quienes se lo pidan con todo su corazón. Éste es el mayor de los tesoros y digno de todas nuestras oraciones y anhelos, y será nuestro cuando lo pidamos. Créanme: Solamente aquellos que perciben que Dios sufre, le conocen realmente, y quien conoce a Dios tiene vida eterna y divina. ¿Podría haber una bendición mayor?

Busquen diligentemente el tesoro de Su sufrimiento. Esto les dará vida divina. Su vida fluirá a través de ustedes. Dios, sin embargo, sólo revelará lo más precioso de Sus dones, cuando todo esté quieto y en calma. Por lo tanto, hagan un esfuerzo por encontrarse en el lugar donde Él se revela a Sí mismo: un lugar de quietud y oración.

Considera este tesoro sagrado. Dios lo concederá solamente a quienes le aman. Se encuentran tan cerca de Su corazón que Dios no puede hacer nada sino darles una visión de Sus sentimientos más profundos. Aunque Él se acerca a pecadores y revela Su dolor como a Sus amigos íntimos, nunca entenderemos porqué lo hace.

En todas sus actividades, no olviden mantener el dolor de Dios en el centro de sus vidas, y de reflexionar sobre él como el tesoro más precioso. Esto sucederá a medida que ustedes mismos comparten Sus sufrimientos. Entonces su vida será un testimonio de Su dolor. Esto se hará evidente en sus actitudes y reacciones cuando escuchan sobre todo lo que causa angustia a Dios hoy en día..

Sólo cuando sean tomados profundamente por Su dolor, en su ser, experimentarán en cierta medida la comunión de Sus sufrimientos, del cual fluye incesante vida de resurrección. Mantén el dolor de Dios en el centro de tu vida”.



6

EPÍLOGO

Extracto del folleto

“Corazones sintonizados con Dios”

Dios es el mismo ayer, hoy y siempre. De la misma forma como Él, hace mucho tiempo, se lamentó, también hoy Él lamenta.... Pero, ¿quién escucha Su lamento? ¿Será que nosotros escuchamos? ¡Oh! La mayor tristeza de Dios es que, normalmente hacemos oídos sordos a Su lamento, al igual que Su pueblo Israel hace mucho tiempo. Aunque Dios nos ama tanto, a menudo no estamos en sintonía con Su corazón, y por eso, no somos capaces de sentir lo mucho que Él está sufriendo en estos días. Sólo podemos exclamar: “¡Oh, Señor Dios! ¡Oh, Amor tan decepcionado! ¡Oh Amor herido por la frialdad de nuestros corazones!”.

Preguntémonos todos: “¿Cómo respondemos al sufrimiento de Dios cuando oímos hablar de él hoy?”. El escuchar de verdad significa dar una respuesta en palabra y acciones. ¿Acaso ya lamentamos la gran tristeza que causamos a Dios a través de nuestros pecados?, ¿Será que luchamos la batalla de fe contra nuestros

pecados?, ¿Será que pensamos en formas en que podemos mostrarle nuestro amor?

Estamos llamados a responder al Amor sufriente de Dios. Porque, ¿no es un hecho que Jesús clama –en las palabras del Salmo mesiánico– el Salmo 69: “Esperaba compasión, y nadie me la tuvo; alguien que me consolara, y a nadie hallé” (v.20, RVC).

Bienaventurados aquellos que lloran con Jesús ahora y permanecen a Su lado, cuando la blasfemia y el pecado son desenfrenados, pues estarán unidos a Jesús en alegría eterna. Y ese tiempo no está lejos. Hoy, al final de los tiempos, la mayor llamada para los que aman a Dios es consolarle. Esto le da un sentido más profundo a nuestras vidas.

Oremos juntos:

Aquí estoy, Señor.

Te he escuchado hablar a mi corazón.

Quiero hacer todo lo posible

para consolarte y darte alegría,

no importa cuánto eso pueda costarme.

Amén.

Otros libros de M. Basilea Schlink:

TÚ ME FORTALECES PARA LA PRUEBA

En la medida que los cristianos se enfrentan a presiones cada vez mayores, habrá una mayor necesidad de preparación para las pruebas de la fe. La autora anima y muestra cómo en Jesucristo podemos encontrar toda la gracia que necesitamos para vencer en medio del sufrimiento.

EL GOZO DE MI CORAZÓN

Basados en los mandamientos de la Biblia, estos mensajes cortos son prácticos y grandes pautas para nuestra vida diaria, y quieren ayudarnos a andar por el camino de la voluntad de Dios.

MÁS PRECIOSO QUE EL ORO

Meditaciones bíblicas para cada día del año. Este devocional quiere ayudarnos a redescubrir las bendiciones escondidas en los Mandamientos de Dios y ver su significado para nosotros hoy.

LA NOVIA DE JESUCRISTO

¿Quiénes son los amados y elegidos de Dios?

Aquí se describe el sentido más profundo de los propósitos de Dios para nuestras vidas. “Soy amado de una manera sin igual”.

Aprendemos también cómo responder a este amor en nuestra vida cotidiana.

He buscado quien se compadezca de mí,
pero no lo hay; quien me consuele,
pero no hallé a nadie.

Salmo 69:20

Ya estamos viviendo en el inicio de los tiempos finales, una época en la que las personas se están apartando más y más de Dios y de sus mandamientos.

Los mandamientos de Dios y las normas divinas están siendo pisoteados y la maldad y la iniquidad avanzan a pasos agigantados.

En su amor, Dios se lamenta por su mundo, por nosotros sus hijos, por nuestros pecados. Él sufre cuando escogemos los malos caminos, apartándonos así de Él.

En esta época el Señor está reuniendo, de todas partes del mundo, almas que estén sintonizadas con Su corazón.

Almas sensibles a Su dolor, a Su lamento.
Almas que aprendan a consolarle.

